

A R T E

Homenaje a Federico Chopin

DISCURSO DEL DR. MANUEL BELTROY, DIRECTOR DEL INSTITUTO

Señor Decano:

Señores Catedráticos:

Señoras, Señoritas:

El Instituto de Arte de esta Facultad de nuestra Casa de San Marcos, recientemente creado para organizar el estudio científico de las Bellas Artes en el Claustro y para darles en Curriculum Académico el lugar que les corresponde, en paridad con las Bellas Letras y con las Ciencias, sus hermanas, Musas todas del eterno Olimpo del Pensamiento, tiene a honra, apenas nacido, tributar el homenaje de la Universidad, en el centenario de su ingreso a la inmortalidad artística a uno de los más altos y puros genios del Arte Musical, a Aquel que fué ungido por el dios de la Música en tanto grado y dotado con tales gracias que mereció ser llamado el Poeta del Piano.

En efecto, Federico Chopin realiza en la Historia de la Música, como pocos de los creadores musicales, el tipo y la figura del Poeta, por el momento histórico en que le tocó vivir, por su inspiración eminentemente lírica, por su carácter apasionado, por la delicadeza, la elegancia y aun lo enfermizo de su naturaleza, por el romance doliente de su existencia y sobre todo por su Arte a la par tan hondamente personal, tan sentidamente patriótico y tan entrañablemente humano, puro surtidor de sensibilidad, efusión tan espontánea y natural de emoción, que ha sido digno de representar en el Reino de los Sonidos el principado de la Poesía.

Hijo primogénito de la Era Romántica, parece predestinado para configurar en su persona y en su obra todos los rasgos y los caracteres de ese momento desgarrado, brillante y rebelde de la Historia de la

Cultura, en que el hombre, fatigado del absolutismo monárquico y harto de su expresión estética, el formalismo clásico, rompe a la par las cadenas políticas y las coyundas artísticas y ávido de libertad y de nueva expresión, irrumpe en los campos de la política y en los del Arte, dispuesto a todos los sacrilegios pero también a todas las creaciones.

La enfermedad del siglo, la desolación romántica, aquel descontento de lo existente, de la armonía superficial, del vacuo racionalismo, del mero juego con la línea y el arabesco, en suma, del barroquismo; ese febril anhelo de emancipación y de novedad que lleva al hombre a bucear en los hondones de su yo más profundo, en el infinito del universo y en el trasfondo de la historia, rota la ecuación ficticia del alma y el mundo, trabajosa y vanamente forjada por el neoclasicismo; el retorno a las fuentes prístinas del sentimiento y de la tradición, de lo individual y lo nacional, huyendo del hueco intelectualismo y del universalismo convencional, encarnan en verdad como en su prototipo en el genial músico polaco que, nacido en 1810 cerca de Varsovia, morirá en la Meca de los artistas en Octubre de 1849.

El párvulo que se escapa del lecho en la noche para tocar el piano; el muchacho que llora de emoción al escuchar una interpretación pianística; el mozo que abandona hogar y patria, llevándoselos en su corazón, como el puñado de tierra natal en la copa de plata ofrendada por sus amigos, para sublimarlos en sus poemas musicales, trasuntos de los cantos y danzas poloneses; el dandy, refractario a las multitudes y que compone y toca, apegados al alma y el oído al dolor de su suelo y del hombre; el compositor, con mínimo de Academia, inventor de su técnica y ajeno a la vanidad profesional; el fino amante y el enamorado idealista que cae preso en la sensualidad amorosa de la casi masculina Aurora Dupin, como la fina mariposa en la espesa telaraña; el ferviente patriota, apátrida; el hombre de salón, solitario; todas estas facetas y rasgos contradictorios de la vida y la obra de Chopin componen la fisonomía del artista romántico por excelencia.

Su arte, romántico asimismo por definición; hecho, como su vida, de las contradicciones y desgarramientos de su siglo; se expresa, sin embargo, como el de su gran contemporáneo Leopardi, en las tersas y cristalinas formas de lo clásico, y por esto pudo decir el maestro Pedrell, casi paradójicamente, que "a través de las furiosas catalepsias de su pasión no pudo ser contagiado ni perturbado siquiera por el romanticismo", que "era un clásico incorruptible" y "que la manera romántica con

sus exageraciones y la anarquía de procedimientos... no perturbó su creación". Como el genial poeta italiano, virtió el sanguinoso vino romántico en los límpidos cristales heredados de los clásicos, y me atrevo a pensar que en este feliz maridaje estriba el secreto de la inmortalidad y la universalidad del arte chopiniano como del leopardiano.

Chopin, a los cien años de su desaparición de la tierra, al cabo de la centuria más multiforme, convulsionada y prodigiosamente rica de la Historia, que nó el estúpido Siglo XIX, tan injustamente así denigrado; al extremo de un centenio, acaso del más fecundo y pingüe de la Cultura, permanece, sobre todas sus tormentas y mutaciones, con la juventud y lozanía de su tiempo, con su fascinación apasionante, con su hondo hechizo sentimental, con su virtud evocadora, con su dón de amistad y humanidad, que hacen todavía y harán siempre de él "el músico de nuestra intimidad".

No el dios de la serenidad y la solemne armonía, como Juan Sebastián, el supremo; no el semidiós del pathos heroico y tierno como Ludwig de Bonn, el sublime; ni tampoco el arcángel celeste, el nuncio del éxtasis ultraterreno, Wolfgang Amadeus, el seráfico; mas el mensajero de la bondad humana, que sabe trasfundir y transubstanciar en sus cantos y en sus danzas los de su pueblo, para hacerlos voces y expresiones de los dolores, las nostalgias y las melancolías de los hombres y que en nuestros momentos de tristeza y de soledad, se sienta a nuestro lado para consolarnos dulcemente como la Musa de *Las Noches* de Musset; Aquel que toca y sueña porque sabe y precisamente porque sabe, en el sentido trovadoresco de Gay Saber; el hijo de la Gaya Ciencia, el ungido desde la cuna por Euterpe, la gran Nodriza, la maternal arrulladora de nuestros males, como dice Martín Adán, nuestro verdadero poeta, otro hijo de la Gaya Ciencia, en su sapientísimo y poético *Poemario, Travesía de Extramares*, maravilloso periplo por el océano de la música chopiniana:

—¡¿Pero tú sabes, Federico y tocas?...
¡¿Pero tú tocas, Federico, y sueñas?...
¡Pero tú sueñas, Federico... sabes!

Manuel Beltroy.
